

—¡Virar de bordo!

—¡Apareja a virar!—repitió Cabeza de Hierro.

Tras estas palabras se oyó el pito del contra-maestre.

La corbeta, cual caballo lanzado al galope al que se detiene prontamente, pareció como si titubease por un instante; luego viró lentamente y ladeándose bajo la influencia de una brisa fresca y del azote de amplias olas.

—¡Caña a sotavento!—gritó Jacobo.

El timonel obedeció, y la corbeta, acercándose al filo del viento, empezó a enderezarse.

—¡Orza!—continuó Jacobo,—¡carga a popa!

Estas dos maniobras fueron ejecutadas con igual rapidez y felicidad que las precedentes; la corbeta completó su abatimiento, y mientras empezaban a hincharse sus velas de popa, se cargaron rápidamente las de proa.

La *Calipso* se lanzó hacia el nuevo punto del horizonte que acababan de indicarle.

—Ahora—dijo Jacobo a su teniente, después de haber seguido todos los movimientos de la corbeta con la satisfacción que un jinete sigue los de su caballo,—va usted a doblar la isla, a aprovechar todas las variaciones de la brisa para acercarse usted al origen del viento, y seguir el cinturón de arrecifes que se extiende desde el canal de los Cuernos hasta el fondeadero de Flac.

—Está bien, mi capitán—dijo Cabeza de Hierro.

—Ea, buenas noches—repuso Jacobo;—cuando se levante la luna despiérteme usted.

Jacobo se bajó a la cámara, se acostó con la bienaventurada indolencia de los que constantemente tienen la vida pendiente de un hilo, y diez minutos después su sueño era tan profundo como el del más humilde de sus marineros.

## XXX

## EL COMBATE

Cabeza de Hierro cumplió su palabra; atravesó felizmente el canal que separaba el Punto de Mira de la isla Llana, y después de haber doblado el de los Cuernos y la isla del Ambar, se acercó cuanto pudo a la costa. Luego, a las doce y media, al ver salir la luna al sud de la isla de Rodríguez, se bajó a despertar a su capitán.

El cual se subió a cubierta, y dirigió a todos los puntos del horizonte la mirada rápida e investigadora del hombre de mar; el viento había refrescado y variaba del este al nordeste; la tierra estaba a unas nueve millas a estribor y como envuelta en brumas, y ni a popa, ni a proa, ni a babor se descubría nave alguna.

La *Calipso* se hallaba a la altura del puerto de Borbón.

Jacobo hizo lo que mejor hacer podía. Si durante la noche la fragata lo había perdido de vista, continuando su ruta al este, al amanecer sería demasiado tarde para ella para desandar lo andado, y él estaba en salvo; si, al contrario, por una inspiración fatal, el capitán del buque perseguidor, adivinando su maniobra, lo había seguido, le quedaba todavía la probabilidad de esconderse a su vista siguiendo la costa y aprovechando las sinuosidades de la isla.

Jacobo se esforzaba en sondear, con ayuda de un catalejo de noche, las negruras del horizonte, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro, y, volviéndose, repuso mientras tendía la mano a Jorge:

—¡ Ah! ¿eres tú?

—¿Y bien?—preguntó nuestro protagonista,—  
¿qué novedades ocurren?

—Hasta ahora nada de particular; a bien que por más que la *Leycéster* estuviese a nuestra popa, no podríamos verla a la distancia que todavía nos separa. Al amanecer sabremos a que atenernos...

¡ Ah! ¡ ah!

—¿Qué hay?

—Nada, un salto del viento.

—¿Favorable a nosotros?

—Sí, si la fragata continúa su derrotero; donde no, esta variación tanto favorece a ella como a nosotros; como quiera que sea hay que aprovecharlo.—Y volviéndose hacia el contra maestre, que había relevado a Cabeza de Hierro, gritó:—

¡ Iza las bonetas!

—¡ Iza las bonetas!—repitió el contra maestre.

Al mismo tiempo subieron de la cubierta a las gavias y de las gavias a los masteleros de juanete como cinco nubes que fueron a fijarse a babor de las velas, y casi al mismo tiempo se sintió que la corbeta obedecía a un impulso más rápido. Así se lo hizo observar Jorge a su hermano.

—Es como *Antrim*—contestó Jacobo,—tiene la boca blanda, no hay que espolearla para que ande; basta que le suelten trapos en cantidad conveniente para que corra como un galgo.

—¿A este andar cuántas millas por hora navegamos?—preguntó Jorge.

—¡ Echa la corredera!—gritó Jacobo. Y ejecutada la maniobra, preguntó:—¿Cuántas millas?

—Once, capitán.

—Dos millas más que hace poco; no puede pedirse más a madera, tela y hierro. Como nos diese caza otro buque que el demonio de la *Leycéster*, la llevaría como de reata hasta el cabo de

Buena Esperanza, y allí nos despediríamos de ella.

Jorge nada respondió, y los dos hermanos continuaron paseándose silenciosamente de uno a otro extremo de la corbeta. Sin embargo, Jacobo, cada vez que llegaba a popa se esforzaba en sondear el horizonte, hasta que una vez se detuvo, y, en vez de continuar su paseo, se apoyó en el coronamiento de popa. En efecto, las tinieblas empezaban a disiparse, aunque todavía faltaba rato para la salida del sol, y en medio de aquel naciente crepúsculo, que iba aclarándose cual bruma que se disipa para hacer sitio a una azulada alba, a Jacobo le pareció divisar, a unas quince millas, la fragata haciendo el mismo rumbo que la corbeta. En aquel instante y en el punto en que él tendía la mano para mostrar a Jorge aquel punto casi imperceptible, el marinero de vigía, gritó:

—¡ Vela a popa!

—Ya la he visto—repuso Jacobo como hablando consigo mismo;—ha seguido nuestra estela como si hubiese quedado abierta tras nosotros; solamente que en vez de pasar entre la isla Llana y el Punto de Mira, lo ha efectuado entre la isla Llana y la isla Redonda, lo cual le ha hecho perder dos horas. Fuerza es que a bordo de la fragata haya un marino inteligente.

—Pues hijo, nada veo—articuló Jorge.

—Mira, allí, allí—repuso Jacobo,—se ven hasta sus velas mayores, y cuando al buque lo levanta una ola, se ve salir su proa como pez que saca la cabeza fuera del agua para respirar.

—Es verdad, es verdad—exclamó Jorge;—lo veo.

—¿Qué ves, Jorge?—preguntó una voz suave a espaldas del joven.

—¿Qué veo, Sara?—contestó el mulato volviéndose;—veo un espectáculo delicioso, el levanta-

tar del sol; pero como en la tierra no hay placer cumplido, este espectáculo lo empañó un poco el aspecto de aquel buque, el cual, como ves, pese a los cálculos y a las esperanzas de mi hermano, no ha perdido nuestras huellas.

—Jorge—dijo Sara,—Dios, que tan milagrosamente nos ha reunido hasta lo presente, no desviará de nosotros su mirada en el instante que más necesitamos de su protección. Jorge, no sea óbice la presencia de aquel buque para adorar al Creador en sus obras. ¡Oh! ¡qué hermoso espectáculo!

Efectivamente, a la proximidad del alba, la noche pareció cerrarse aún más. Luego, como va dicho, se extendió una luz azulada y diáfana que aumentó gradualmente en amplitud y brillo, pasó sucesivamente del blanco argentado al color de rosa oscuro, hasta que subió sobre el horizonte una nube color de púrpura, semejante al inflamado vapor de un volcán. Era el rey del mundo que venía a tomar posesión de su imperio; era el sol que se lanzaba al espacio como señor de la inmensidad.

Era aquella la primera vez que Sara presenciaba tal espectáculo; no es de admirar, pues, que la criolla quedase en éxtasis, estrechando con amor impregnado de fe y de religión la mano del joven; pero Jorge, acostumbrado a él durante los largos viajes que por mar hiciera, fué el primero en fijar nuevamente los ojos en el objeto de la preocupación general. La *Leycéster* iba aproximándose poco a poco, con la circunstancia, empero, de que se hacía progresivamente menos visible, anegada como se hallaba en las oleadas de la luz oriental, mientras la corbeta tenía que aparecerse a ella con toda su claridad y limpieza.

—Ea—susurró Jacobo,—también nos ha visto a nosotros la *Leycéster*; iza las bonetas.—Y lue-

go dijo al aldo a su hermano:—Tú, que conoces a las mujeres, sabes que les cuesta un tanto comprender las cosas; opino, pues, que no harías mal en comunicar a Sara lo que va a pasar.

—¿Qué dice tu hermano?—preguntó la criolla.

—Duda de tu valor—contestó Jorge,—y yo le respondo de ti.

—Dices bien, amigo mío—repuso Sara.—Por otra parte, llegado el momento, dígame lo que tengo que hacer, y obedeceré.

—La condenada vuela como si le hubiesen nacido alas—repuso Jacobo.—Dime, hermanita, ¿por ventura habrías oído nombrar al capitán de ese buque?

—Lo vi con frecuencia en casa de mi tío Malmédie, y recuerdo que se llama Jorge Paterson; pero no puede ser él quien gobierne ahora la *Leycéster*, porque no más tarde que antier, oí decir que estaba enfermo, y aun añadieron que enfermo de muerte.

—Pues harán una grande injusticia a su segundo si el mismo día de la muerte de su jefe no lo nombran capitán en su lugar—profirió Jacobo.—Da gusto tener que habérselas con un hombre de tal fuste; ved con qué rapidez avanza la fragata; parece caballo corredor; de continuar así, antes de cinco o seis horas llegaremos a las manos.

—Bueno, lucharemos—articuló Pedro Munier, que en aquel punto subió a la cubierta, y cuyos ojos, a la aproximación del peligro, brillaban con el ardor con que su alma se inflamaba en las ocasiones culminantes.

—¡Ah! ¿es usted, padre?—profirió Jacobo,—pláceme ver a usted en tan buenas disposiciones, pues, como dije, dentro de algunas horas tendremos necesidad de cuantos estén a bordo.

Sara palideció ligeramente y apretó la mano a

Jorge, que volvióse hacia ella sonriéndose, y le dijo :

—¡Cómo! ¿después de haber tenido tanta confianza en Dios, dudarías ahora de él?

—No, Jorge—respondió la criolla,—oiré llena de fe y de esperanza, segura de ver nuevamente sano y salvo a mi Jorge, el rugir de los cañones, el silbo de las balas y los lamentos de los heridos, pues el corazón me dice que ya hemos bebido lo más amargo de nuestro cáliz, y que así como las tinieblas han cedido el paso al rutilante sol que nos alumbraba, de igual suerte seguirá un esplendoroso día a la noche de nuestra desventura.

—De perlas—exclamó Jacobo;—a eso lo llamo yo tener pico de oro. Palabra que no sé cómo no viro de bordo y me precipito sobre ese orgulloso buque, ahorrándole así la mitad del camino y a nosotros la mitad del aburrimiento. ¿Qué dices tú a eso, Jorge? ¿quieres probarlo?

—De mil amores—respondió Jorge;—pero ¿no temes que a esta distancia, si hay algún buque inglés en el puerto de Borbón, salga al ruido del cañoneo y venga a prestar ayuda a su compañero?

—Has hablado como un libro, hermano—profió Jacobo;—seguiremos nuestra ruta.—Y dirigiéndose a su teniente, que en aquel momento pareció en la cubierta, añadió:—¡Ah! ¿es usted, Cabeza de Hierro? Llega usted que ni pintado; como usted ve, nos hallamos a la altura del morro de Brabante; mantenga usted la proa hacia el oeste sudoeste del morro. Nosotros nos bajamos a almorzar, lo cual es una buena precaución en todo tiempo, mayormente cuando uno ignora si comerá.

Jacobo ofreció el brazo a Sara, y, dando el ejemplo, descendió la escalera seguido de Pedro y Jorge.

Indudablemente con el designio de distraer, momentáneamente a lo menos, a sus comensales del peligro que les amagaba, Jacobo hizo durar cuanto pudo el almuerzo, por manera que hasta dos horas después no volvieron a subir a cubierta.

Lo primero que hizo Jacobo fué convertir la mirada hacia la *Leycéster*, la cual se había aproximado tanto, que se descubría hasta su batería; con todo, Jacobo esperaba verla aún más cerca, pues, fijando los ojos en el aparejo de su corbeta para cerciorarse de que no habían modificado el velamen, preguntó a Cabeza de Hierro:

—¿Y bien? me parece que navegamos con más rapidez que hace dos horas.

—Algo de eso hay, capitán—contestó el segundo.

—¿Qué ha hecho usted?

—Una bicoca, capitán: he cambiado de sitio nuestro lastre; he ordenado que toda la tripulación pasase a proa.

—Es usted un práctico hábil; ¿y qué ha ganado usted con eso?

—Una milla, capitán, una mísera milla y nada más. Singlamos doce por hora, como acaba de acusarlo la corredera; pero de poco nos servirá eso, pues la fragata ha hecho indudablemente lo que nosotros, como lo prueba el que también ha aumentado la velocidad de su marcha. Mire usted, capitán, casi está a descubierto. No hay que forjarnos ilusiones, nos las habemos con un marino que sabe donde le aprieta el zapato y que nos dará que hacer. Esto me recuerda el modo como esa misma fragata nos dió caza cuando la regía lord Guillermo Murrey.

—¡Voto al diablo! todo lo veo claro ahora—exclamó Jacobo. Y volviéndose hacia Jorge, añadió:—Apostaría mil contra ciento que tu maldito

gobernador se halla a bordo de la *Leycester*. Habrá querido tomar el desquite.

—¿Te parece?—repuso Jorge, levantándose del banco en que estaba sentado y asiendo con viveza el brazo de Jacobo.—Por mi fe que me holgaría que así fuese, pues también yo tengo que desquitarme con él.

—Tan seguro estoy de ello ahora como si lo viera. Únicamente un sabueso como él puede haber venteado nuestras huellas como lo hace. ¡Dian-tre! ¡qué honra para un pobre negrero como yo, tener que habérselas con un comodoro de la marina real! Gracias, Jorge, a ti soy deudor de tanta gloria.

Dichas estas palabras, Jacobo tendió, riéndose, la mano a Jorge; pero la probabilidad de tener que habérselas personalmente con lord Murrey era para Jacobo, en la situación crítica en que iba a encontrarse dentro de poco, una razón más para que tomara todas las precauciones del caso. Jacobo dirigió, pues, la mirada hacia los empalmeados, y vió en ellos colocadas las hamacas; luego volvió los ojos hacia la tripulación, y vió que ésta, instintivamente, se había distribuído ya por grupos, y que cada cual estaba junto a su batería; señales todas indicativas de que nada tenía que enseñar a aquellos hombres, cada uno de los cuales sabía tanto como él lo que iba a pasar.

En esto y en alas de la brisa llegó a la *Calipso* el taparapatán del tambor de la fragata enemiga.

—¡Ah!—exclamó Jacobo,—no puede acusarseles de perezosos. Ea, muchachos, sigamos el ejemplo que nos dan; los señores marinos de la real son buenos maestros, y no podemos salir sino ganando imitándolos.—Y levantando cuanto pudo la voz, añadió:—¡Zafarrancho de combate!

Al punto se oyeron en la batería el redoblar de

dos tambores y las agudas notas de un pífano, y poco después parecieron en cubierta los músicos, que salieron por una escotilla, dieron la vuelta a la nave y se volvieron a la batería por la escotilla opuesta.

Mágico fué el efecto de aquella aparición y del melodioso concierto que la siguió. En un cerrar de ojos cada cual ocupó el sitio previamente designado: los gavieros de combate se subieron a las gavias armados de sendas carabinas; los fusileros se situaron en el alcázar, en el castillo y en los pasamanos; colocáronse las bocachas, los cañones fueron desamarrados y puestos en batería, amontonáronse provisiones de granadas en todos los sitios desde los cuales podía ofenderse al enemigo, y por último el contra maestre hizo abozar las escotas, colocar culebrillas en los palos, e izar en sus correspondientes sitios los garfios de abordaje. La actividad no era menos en el entrepuente que en la cubierta. Abriéronse los paños de la pólvora, encendiéronse los faroles de la sentina, se dispuso la caña de recambio, cerráronse las aberturas, desembarazaron la cámara del capitán, y situaron dos cañones de retirada. Luego siguió el silencio más profundo, durante el cual Jacobo empezó su inspección. Todos y todo estaban en su correspondiente sitio. Sin embargo, como Jacobo comprendía que la partida en que iba a empeñarse era una de las más serias en que se habla enfrascado en su vida, la inspección duró media hora, durante la cual lo examinó todo y habló a cada uno en particular.

Otra vez en la cubierta, Jacobo vió que la fragata se habla aproximado aún más, y que los dos buques estaban solamente separados por una distancia de milla y media.

Transcurrieron otros treinta minutos, durante

los cuales no se profirieron una docena de palabras a bordo de la corbeta; tan concentradas en los ojos parecían tener las facultades todos y cada uno.

Cada fisonomía expresaba un sentimiento en armonía con su carácter: la de Jacobo la indolencia, la de Jorge el orgullo, la de Pedro Munier la inquietud paternal, y la abnegación la de Sara.

De improviso pareció una blanca nubecilla en uno de los costados de la fragata, y el estandarte de la Gran Bretaña subió majestuosamente por los aires. El combate era inevitable; la corbeta no podía escapar; la superioridad de la marcha de la *Leycéster* era evidente. Jacobo ordenó que arriasen las bonetas para no conservar velas inútiles a las maniobras, y, volviéndose hacia Sara, dijo:

—Ea, hermana, ya ves que cada cual está en su sitio; ya es hora de que te bajes al tuyo.

—¿Luego la lucha es inevitable?—preguntó la criolla.

—Dentro de un cuarto de hora va a entablarse la conversación—respondió Jacobo,—y como, según toda probabilidad, va a ser calurosa, es preciso que los que no tengan que meter baza en ella se retiren.

—Sara—profirió Jorge,—no olvides lo que me has prometido.

—Estoy pronta a obedecer; ya ves que soy razonable; pero tú...

—Me persuado de que no me pedirás que permanezca mero espectador de lo que va a pasar, cuando tantos hombres van a exponer por mí su vida.

—No—dijo Sara;—sólo te pido que pienses en mí, y no te recuerdo sino que tu muerte será la mía.

Dichas estas palabras, la criolla tendió la mano a Jacobo, dió a besar la frente a Pedro Munier, y, conducida por Jorge, se bajó a la cámara de popa.

Un cuarto de hora después Jorge tornó a cubierta, empuñando un sable de abordaje y con un par de pistolas al cinto.

Pedro Munier iba armado de su damasquinada carabina, antigua amiga que siempre le prestara fieles servicios.

Jacobo, en su banco de cuarto, empuñaba su bocina, señal de mando, y tenía a sus pies un sable de abordaje y un pequeño casco de hierro.

Los dos buques hacían la misma ruta, la fragata ciñendo incesantemente a la corbeta, y ya tan próxima a ella, que los marineros subidos a las gavias, podían ver cuanto ocurría en la cubierta del contrario.

—Cabeza de Hierro—profirió Jacobo,—usted que tiene buena vista y buen juicio, hágame la merced de subirse a la gavia de mesana y decirme qué pasa en la fragata.

El segundo se encaramó como un simple gaviero, y poco después y ya en el puesto designado, Jacobo le preguntó:

—¿Y bien?

—Cada cual está en su sitio—respondió Cabeza de Hierro,—los artilleros en sus baterías, los soldados de marina en los pasamanos y el castillo de popa, y el capitán en su banco de cuarto.

—¿Aparte de los marinos y de los soldados de marina hay a bordo otras tropas?

—No lo creo, capitán, a no ser que estén escondidas en las baterías, pues en todas partes veo el mismo uniforme.

—En este caso, quince o veinte hombres más o menos, la partida es casi igual. Nada más quería saber; puede usted bajarse.

—Aguarde usted, capitán; el inglés emboca su bocina. Si nos callamos podremos oírlo.

Aventurado era el parecer de Cabeza de Hierro, porque a pesar del silencio que reinaba en la corbeta, a ella no llegó rumor alguno procedente de la fragata; sin embargo pudo colegirse cual era, pues al punto partieron de la popa de la *Leycéster* dos fogonazos seguidos de otras tantas detonaciones, y en la estela de la *Calipso* rebotaron dos balas.

—¡Bravo!—exclamó Jacobo,—no montan sino piezas de a diez y ocho como nosotros; las probabilidades se equilibran más y más.—Y levantando la cabeza, añadió:—Bájese usted, Cabeza de Hierro; ahí arriba no puede ahora servirme de nada, y necesito de usted acá abajo.

Cabeza de Hierro obedeció, y poco después se reunió a Jacobo.

Interín, la fragata seguía avanzando, pero sin disparar más, por haberle demostrado la experiencia que todavía estaba fuera de tiro.

—Cabeza de Hierro—articuló Jacobo,—bájese usted a la batería; mientras estemos en retirada, sírvase usted de balas; pero tan pronto lleguemos al abordaje, no emplee usted sino granadas ¿oye usted? granadas.

—Está bien, capitán—respondió el segundo, bajándose inmediatamente por la escalera de popa.

Las dos naves continuaron navegando todavía por espacio de media hora sin nueva demostración hostil por parte de la fragata. Por su parte la corbeta, como hemos visto, juzgando indudablemente que era inútil gastar sin provecho pólvora y balas, no contestó a las dos provocaciones de su enemigo; pero en la animación que empezaba a cubrir los rostros de los marinos y en la atención con que el capitán medía la distancia que separaba

todavía a las dos naves, echábase de ver que la conversación, como decía Jacobo, no se limitaría al monólogo, y que iba a empezar el diálogo.

En efecto, tras otros diez minutos de expectación, que a cada cual le parecieron un siglo, inflamóse nuevamente la proa de la fragata y se oyeron dos cañonazos, que ahora fueron seguidos del silbido de las balas que pasaron al través del velamen, agujereando la mayor del mesana y cortando dos o tres cuerdas.

Jacobo siguió con rápida mirada el efecto de los dos mensajeros de destrucción, y al ver que sólo habían causado ligeras averías, exclamó:

—Ea, muchachos, parece que decididamente nos quieren menear el bulto. Cortesía por cortesía. ¡Fuego!

Dos cañonazos hicieron retemblar la corbeta, y Jacobo se asomó a la borda para enterarse del resultado de su respuesta: una de las dos balas hizo saltar parte de la borda de proa de la *Leycéster*, y la otra le abrió un boquete en el casco.

—Y bien ¿qué hacéis vosotros?—gritó Jacobo.—¡Voto al diablo! fuego en la fragata, y apuntad a los palos; quebrantadle las piernas y agujereadle las alas; en este instante le es más preciosa la madera que no la carne. ¡Mirad!

En este instante pasaron dos balas al través de las velas de las jarcias de la corbeta, y la una decantilló la verga de trinquete, y la otra cortó el mastelero de sobrejuanete.

—¡Fuego! ¡voto a cribas! ¡fuego!—aulló Jacobo,—y tomad ejemplo en ellos. Cien pesos para vosotros al primer palo que de la fragata caiga.

La descarga siguió casi instantáneamente a la voz de mando, y todos pudieron seguir en el velamen del buque enemigo el paso de los proyectiles.

El fuego duró, por ambas partes, espacio de

un cuarto de hora; la brisa, disminuía por las decargas, había casi amainado, y las dos embarcaciones navegaban no más allá de cuatro o cinco millas; además el intervalo que las separaba estaba lleno de humo, por manera que la artillería casi disparaba al tuntún; con todo eso la fragata seguía avanzando, y los topes de sus palos sobresalían del vapor que la envolvía, mientras la corbeta, que huía viento en popa y hacía fuego desde ésta, estaba completamente fuera de la humareda.

Era el momento que esperaba Jacobo, el cual había hecho lo humanamente posible para evitar el abordaje; pero acorralado, iba, como el jabalí herido, a revolverse contra el cazador. En aquel punto la fragata se hallaba en la aleta de estribor de la *Calipso* y empezaba a cañonearla con las piezas de proa de su batería, en tanto la corbeta le respondía con sus cañones de popa.

Jacobo vió la ventaja de su posición, y resolviendo aprovecharse de ella, ordenó que subiesen a cubierta los refuerzos de la maniobra; luego y mientras el fuego continuaba, empuñó la bocina y dijo con voz que dominó el estruendo de los cañones:

—¡Amura la mayor! ¡A la escota de cangreja! ¡Caña a babor! ¡Bracea a babor! ¡Caza la cangreja!

Apenas ejecutadas estas órdenes, la corbeta, obedeciendo a la acción simultánea de su timón y de sus velas de popa, viró rápidamente a estribor, conservando bastante espacio para cortar el camino a la fragata, y se detuvo, gracias a las precauciones tomadas por su capitán. La fragata, privada de maniobrar a causa de las averías de sus velas de popa, y no pudiendo pasar a barlovento de la corbeta, se avanzó al través de la humareda, y, contra su voluntad, vino, con choque

terrible, a enredar su bauprés en los obenques mayores de su enemigo.

—¡Fuego!—gritó Jacobo desde popa.— ¡Enfilarlos de proa a popa! ¡Arrasarlos como un pontón!

En obediencia a esta orden, ocho cañones cargados de granadas y seis de metralla barrieron la cubierta de la fragata, en la cual quedaron tendidos treinta o cuarenta hombres, y de paso le rompieron por el pie el palo mesana. Al mismo instante y de lo alto de las tres gavias cayó una lluvia de granadas en los pasamanos de la *Leycéster*, cuya proa quedó limpia de defensores. La fragata no podía contestar a aquella nube de fuego y a la lluvia de balas más que desde las gavias de trinquete. En esto, por las vergas de la corbeta, por el bauprés de la fragata, por los obenques, por las jarcias y por las cuerdas, los piratas se lanzaron a la *Leycéster*. En vano los soldados de marina les hacían un terrible fuego de fusilería; a los que caían los reemplazaban otros, mientras los heridos, arrastrándose, arrojaban las granadas al enemigo y agitaban sus armas.

Jorge y Jacobo dábanse ya por vencedores, cuando al grito de: «¡A cubierta todos!» los marinos ingleses de la batería salieron por las escotillas y subieron por las portas, y con su refuerzo reanimaron a los soldados de marina, que empezaban a ceder.

El capitán de la *Leycéster* se puso entonces al frente de los suyos y arremetió a sus enemigos. Jacobo no se había engañado, el actual jefe de la fragata era el mismo que la regía cuando el primer encuentro de la *Calipso* con ella, y que ahora había querido desquitarse.

Jorge Munier y lord Guillermo Murrey volvieron a encontrarse cara a cara, pero en medio de

la sangre y de la matanza, sable en mano y como enemigos de muerte.

Ambos se conocieron y se esforzaron en llegar a las manos; pero era tal la refriega, que se veían arrastrados por ella como por un torbellino.

Jacobo y Jorge, en lo más apretado de las filas inglesas, descargaban y recibían golpes, luchando con serenidad, fuerza y valentía; dos marineros ingleses levantaron sus hachas sobre la cabeza de Jacobo, y los dos cayeron atravesados por invisibles balas; dos soldados de marina arremetieron a Jorge con sus bayonetas, y ambos cayeron a sus pies. Es que Pedro Munier velaba por sus hijos con su fiel carabina.

De improviso salió de la batería un grito terrible, un grito que, dominando el traquido de las granadas y de la fusilería, los clamores de los heridos y los lamentos de los moribundos, heló de espanto a todos.

—¡Fuego a bordo!

En aquel instante salió por la escotilla de popa y por las portas una humareda espesa. Una de las granadas, al reventar en el camarote del capitán, había incendiado la fragata.

Al oír aquel grito inesperado, mágico, paró la lucha; luego, a la vez, levantóse la voz de Jacobo que, con voz tonante, imperiosa, suprema, exclamó:

—¡A la *Calipso*!

Los piratas abandonaron al punto la fragata, y con la misma solicitud con que se bajaran a la cubierta de ella, ahora se salieron agarrándose a las maniobras, mientras Jacobo y Jorge sostenían la retirada apoyados por algunos de los más resueltos.

Lord Murrey aprovechó aquella circunstancia para atacar a los piratas y fusilarlos a quemarro-

pa, y dándose a entender que tras ellos se podría subir a la *Calipso*; pero los primeros piratas que a ésta tornaran se habían encaramado ya a las gavias y arrojaban nuevamente una granizada de balas y granadas.

Los de la corbeta lanzaron cabos a los que aun se hallaban en la fragata, y cuando todos, incluso Jacobo, se hubieron refugiado en la *Calipso*, Jorge, que se quedara el último, vió venir a él a lord Murrey y lo esperó a pie firme; pero de improviso sintióse cogido y levantado por una férrea mano: era Pedro Munier, que velaba por su hijo y que por tercera vez en aquel día acababa de salvarlo de una muerte casi segura.

En aquel instante resonó una voz en medio de aquella terrible confusión; era la de Jacobo, que dijo:

—¡Bracea a babor a popa! ¡Iza los foques! ¡Carga la mayor y la cangreja! ¡Relinga a popa! ¡Orza a estribor!

Todas estas maniobras, ordenadas con la voz potente que exige la obediencia pasiva, fueron ejecutadas con tan maravillosa rapidez, que por mucha que fuese la impetuosidad con que los ingleses atacaban a los piratas, no llegaron a tiempo para amarrar uno a otro los dos buques. La corbeta, cual si hubiese estado dotada de sensibilidad, pareció como que comprendiese el peligro que corría y con vigoroso esfuerzo se desatracó de la *Ley-céster*, mientras ésta, privada de su palo mesana, continuaba avanzando lentamente a impulso de las velas del mayor y del trinquete.

Entonces los de la *Calipso* presenciaron un espectáculo espantoso. En medio del calor de la lucha, los ingleses no habían advertido a tiempo que tenían fuego a bordo; por manera que cuando oyeron la voz de «¡Fuego en la fragata!» el in-

endio había hecho ya tales progresos que era imposible extinguirlo.

En aquella ocasión pudo admirarse el poder de la disciplina inglesa; en medio de la humareda, más y más densa, el gobernador se volvió al banco de babor, y, empuñando nuevamente su bocina, gritó:

—¡Calma, muchachos, calma y respondo de todo!—Y al ver que los suyos se detenían, añadió:—¡Los botes al agua!

Cinco minutos después el bote de popa, los dos de los costados y uno de los de respeto fueron botados al agua.

—¡El bote de proa y el de respeto para los soldados de marina—gritó el gobernador;—los dos de banda para los marineros!

Los de la *Calipso*, que incesantemente iban alejándose, ya no oyeron más; pero vieron llenarse los cuatro botes con todos los que quedaban sanos y salvos, mientras los infelices heridos se arrastraban por la cubierta rogando inútilmente a sus compañeros que los llevasen consigo.

—¡Dos botes al agua!—gritó Jacobo al ver que los cuatro de la fragata no bastaban para contener la tripulación.

Dos botes vacíos destacáronse de la *Calipso* y se mecieron en el mar, en el que se arrojaron cuantos no pudieron hallar sitio en los de la fragata, para ganar a nado los de la corbeta.

Lord Murrey se había quedado a bordo, desoyendo todas las instancias para que se embarcase en uno de los botes; y es que no habiendo podido salvar a sus heridos, resolvió morir con ellos.

En aquellos momentos el mar ofrecía un aspecto espantoso. Los cuatro botes se alejaban, al remo, de la nave incendiada, mientras los mari-

neros rezagados nadaban en demanda de los de la corbeta, y lord Murrey permanecía inmóvil en medio de un torbellino de humo, en pie sobre su banco de cuarto y mirando a los heridos que se arrastraban por la cubierta.

Tan terrible era el espectáculo, que Jorge, pese a sentir en su hombro la temblorosa mano de Sara, no se volvió siquiera para mirarla.

Al llegar a cierta distancia, los botes dejaron de remar.

Ahí lo que pasó: el humo se hizo cada vez más denso; luego salió por las escotillas una sierpe de fuego que subió a lo largo del trinquete, devorando las velas y las jarcias, inflamáronse las portas, descargáronse por sí y con horrible estruendo los cañones, abrióse como un cráter la nave, se remontó al espacio una nube de llamas y de humo, y en medio del humo y de las llamas cayeron en el mar algunos restos de arboladura, verga y jarcias que la explosión arrojara por los aires.

Era cuanto quedaba de la *Leycéster*.

—¿Y lord Guillermo Murrey?—preguntó Sara.

—Como yo no tuviese que vivir contigo—respondió Jorge volviéndose hacia la criolla,—palabra que quería morir como él ha muerto.

FIN